



a l'ombra de l'alzina  
a la sombra de la encina  
à l'ombre du chêne  
all'ombra della quercia  
Magdalena Aulina

15-04-2023

*«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré.  
Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de  
corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas.  
Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.*

(Mateo 11, 28-30).

Parece que hoy existe una búsqueda frenética y desesperada por encontrar un poco de refrigerio o algún "oasis" de bienestar, huyendo de cualquier tipo de sacrificio que comprometa la felicidad o incluso nuestra tranquilidad.

La Pascua del Señor, que acaba de celebrarse, nos ha mostrado a lo que puede llegar el hombre si se siente amenazado por "Alguien" que dice ser "el Rey". Las reflexiones del Vía Crucis, celebradas (y retransmitidas) desde el Coliseo de Roma, han declinado la maldad de los hombres sobre los pueblos indefensos y sobre las mujeres humilladas en sus cuerpos. Nos recordaron la prepotencia. El uso absurdo de las armas. La agresividad. La ambición.

Por su parte, el Señor Jesús, que no es sólo "el Rey", sino "el Rey de reyes", nos dice una y otra vez: "Todos los que estáis cansados y agobiados, venid a mí. Yo os aliviaré". Él pone una sola condición: "Aprended de mí".

Debemos aprender de él, que es "manso y humilde de corazón". Debemos aprender su "lección", porque él es humilde y manso.

Su palabra es tan simple que nos desarma.

Tenemos que aprender de él para recuperar nuestra dignidad de hombres y mujeres, todos hermanos y hermanas, porque somos hijos del único Dios que es nuestro Padre. Debemos seguir la indicación sencilla y fundamental que él nos sugiere: ser mansos y humildes de corazón. Nos dice que respondamos al mal con el bien. A la prepotencia con la mansedumbre. A la arrogancia con la humildad. A las acusaciones injustas con el silencio y la oración.

La humildad es una virtud escondida. Se la compara con la violeta, una pequeña flor que sólo pueden ver los ojos muy atentos y entrenados. La violeta es tímida y perfumada. Igual que la humildad. La violeta es hermosa y hace el bien. Cura muchos males. Como un corazón humilde, que sabe traer la paz, la misericordia, la justicia.

La humildad es una flor muy rara en nuestro mundo de eficiencia y de apariencia. Pero sólo si somos mansos y humildes, aprendiendo de Jesús, encontraremos refrigerio para nuestro cansancio, y podremos ayudar a muchos hermanos cansados de vivir, cansados de luchar. ¡Cansados de Amar!

Magdalena Aulina lo sabía bien. Ella aprendió la humildad aceptando las humillaciones como un don del Señor y de su amor.

Magdalena fue una mujer de un excepcional equilibrio y de una extraordinaria mansedumbre. Equilibrio y mansedumbre que, con serenidad y fortaleza de ánimo, mantuvo y ejerció en toda situación, próspera o adversa.

Vivió verdaderamente la virtud de la humildad en grado heroico, sobre todo cuando el Instituto fue humillado y calumniado. Magdalena lo aceptó todo serenamente, mansa en las pruebas y en las contradicciones que tuvo que soportar. Siempre buscando y cumpliendo la voluntad de Dios, que nos permite ser probados, para que podamos purificarnos e imitar más perfectamente a Jesús.

“En el fracaso humillémonos, y en el éxito demos gracias al Señor, que ha querido hacer fructífera nuestra actividad apostólica. Vivamos siempre con gozo en el Señor. Lo que hoy, a los ojos terrenales, nos parece humillación, es victoria en la luz sobrenatural”.

Ésta fue la práctica de la vida mansa y humilde de Magdalena, que experimentó cuán dulce es el yugo de Jesús y su peso ligero. Que vivió su vida siempre "confortada" por Jesús.

